

Apellidos, Nombre (del autor) (2008). “Texto” (del artículo), en Pérez Redondo, R.J.; García Manso, A. y Escribano Castellanos, M. (Coords.) *Sociedad, consumo y sostenibilidad*. Toledo: ACMS, pp. (de inicio y final del artículo).

## LA TEORÍA DEMOCRÁTICA DE SHELDON WOLIN FRENTE A LA CRISIS DE LA POLÍTICA ACTUAL

Víctor Alonso Rocafort

Universidad de Alicante

En los últimos años, se ha hecho cada vez más habitual apelar a las virtudes teóricas del concepto de crisis para tratar de enfrentarse a los desafíos de nuestro tiempo desde la teoría política (Grant, 2004: 185; Spivak, 1999: 274; De Sousa Santos, 2003: 59). Podemos afirmar que en este ámbito la crisis es constante y cotidiana, es decir, continuamente nuestro encuentro con lo real exige la revisión de significados, el cuestionamiento de lo establecido teórica o institucionalmente, y más tratando como se trata el mundo contingente de los asuntos humanos, es decir, de lo político.

No es por ello de extrañar la proliferación de teoría de la que Sheldon Wolin parece alarmarse en la actualidad (Wolin, 2000: 8-9). A la subteorización habida durante los cincuenta y los sesenta, le ha sucedido hoy, en opinión del norteamericano, un exceso de teoría que a menudo se mueve por criterios muy de la época del capitalismo tecnológico que vivimos: innovar por innovar, cambio continuo al dictado de las modas y a menudo sin sustancia. A esto debemos añadir la presión por la investigación original que domina en la academia. En su repaso a la disciplina, Wolin se lamentaba también de los perfectos edificios teóricos que han proliferado a partir del ejemplo de autores como John Rawls; éstos se construyen a base de un orden y una lógica interna tales que se llega a excelentes conclusiones, sí, pero mientras, el mundo externo de lo real va por otra parte y a veces, como sucedió con los conductistas, ese mundo arde por los cuatro costados mientras en la academia nadie se cuestiona lo que de verdad sucede en las calles (Wiley, 2006: 230). La teoría política, tal y como la comprendían autores como Hannah Arendt, Leo Strauss, Eric Voegelin y el propio Wolin, además de ser original debe ser honda y genuina, así como ha de tener en cuenta la amplia y diversa tradición de filosofía de lo público que la acompaña como garantía. Y además de todo eso, como insistirá Wolin, debe dar cuenta de los cambios que suceden en los suelos de nuestro mundo (Wolin, 2000: 14).

A la clásica comprensión que hacía Wolin en *Politics and Vision* de la crisis como peligro y oportunidad (1960, 2001: 257), el norteamericano le añade hoy el énfasis que se le otorgaba en Atenas, “where crisis referred to a condition so grave as to force a turning point” (2000: 14). En teoría política, cuando se menciona la palabra “crisis” tantas veces, algo serio está ocurriendo; algo va mal en la política, y nos afecta (1990: 17-18; 1969: 1080). En épocas de crisis se suele hacer tabula rasa de todo lo pasado, y es lo que Wolin parece temerse de nuevo a la vista de algunas teorías del presente. La “oportunidad” que se presenta es entendida por ciertos teóricos como una explosiva apertura de la creatividad política al modo de la épica

platónica, y esto Wolin lo criticará en las figuras de Niccòlo Machiavelli, Martin Lutero, Juan Calvino y Thomas Hobbes, entre otros (1960, 2001: 260-261):

Las épocas de crisis son evidentemente incompatibles con la suavizada sabiduría de Aristóteles, con la inclinación al devenir gradual y al arreglo modesto, con el respeto acordado a la práctica acostumbrada y la opinión común (ibid.: 261).

Las crisis siempre han supuesto peligro. Se tambalean los ordenamientos políticos y sociales. En estas circunstancias, algunos autores se ven en “la necesidad de establecer un terreno de significados inteligibles entre los fenómenos políticos”. Wolin criticaba la actitud omnipotente de los teóricos que se libraban del pasado para, como “el hombre de Hobbes”, proclamar “su propio derecho a recrear el significado” y “construir una nueva realidad” (ibid.: 262).

El problema del actual mundo político, nos dice Wolin, es que se siente inmune a las crisis, y también a sus teóricos; es capaz de postponerlas indefinidamente. Su orden se mantiene firme, y para ello incluye en él, como condición básica, a su supuesto antagonista, el desorden; o mejor dicho: a la injusticia, la pobreza, la exclusión política y social, el racismo, la violencia, la guerra. Con cierta ironía, a partir de “la utopía realizada” que celebran algunos discursos presidenciales en su país, Wolin escribe:

We live in a utopia in which loss has been systematized, a utopia whose existence depends symbiotically on the perpetuation of dystopia (2000: 17).

Esta noción contemporánea de utopía se convierte hoy en objetivo de la teoría moderna que, con ella, puede transfigurarse en poder. De esta manera se alcanza la simbiosis entre conocimiento y poder propuesta en su momento por Francis Bacon. La utopía parte de una verdad incuestionable sobre el orden correcto de la sociedad; y a partir de ahí avanza fascinada hacia la conquista del poder para su realización (2008: 83). En la utopía se sustituye el presente y sus contingencias por un calculado y organizado futuro. La utopía, literalmente “no lugar”, está cada vez más dominada por una orientación científica que promete conocer las leyes naturales y sociales a fin de controlar un futuro estable (2002: 56, 34-37). La razón nos puede traer verdades universales, independientes de cualquier lugar y tiempo, así como la capacidad de traer el ansiado orden a la sociedad (1993<sup>a</sup>: 168). Si estamos ante una utopía realizada, ya no son necesarias nuevas teorías, ni cambios sociales ni mucho menos políticos; es el fin de la historia (ibid.: 162). Y si en esta situación resulta que los estudios empíricos, la simple observación, el sentido común, nos muestran pobreza, racismo, exclusión, ¿qué pensar sino que todo ello forma parte de la utopía? ¿Qué pensar sino que son el garante de este orden?

Si todo está, pues, tan bien ordenado, ¿dónde localizar entonces la crisis?, se pregunta Wolin(2000: 18). En los años sesenta nuestro autor no dudó en atreverse a localizarla en su país, los Estados Unidos; entonces parecía que otro orden político podría surgir fruto de las revueltas por los derechos civiles y contra la guerra de Vietnam que recorrían las ciudades norteamericanas. Pero no fue así, todo siguió “en orden”, y por ello quizás ahora duda sobre dónde está la crisis. ¿Se puede decir que un país de sólido crecimiento económico, con altos índices de consumo entre su

población, con un sistema político y judicial estable, está en crisis? ¿Y si nos fijamos en las tasas naturales de paro y el reparto de los ingresos? ¿O en las condiciones del comercio internacional que hacen posible parte de tal crecimiento, en la participación política de su ciudadanía o en los muros erigidos para excluir políticamente a quienes ya se excluyó económicamente? ¿Admitiremos que este país está en crisis cuando muchos de sus jóvenes andan librando guerras por intereses espurios a miles de kilómetros de sus casas? ¿O son todas estas condiciones de injusticia, bajos salarios, comercio internacional, racismo y guerras lo que mantiene el ordenamiento político y socioeconómico de numerosos países occidentales sin crisis? Éste de crisis es así un concepto que no tanto debemos abandonar como, al menos, repensar.

De ahí que nuestro autor introduzca la noción ateniense de crisis: se necesita un “turning point” que nuestra época parece no tener ganas de afrontar.

Sheldon Wolin, de este modo, aboga por abandonar la crítica contemplativa, meramente teórica y acomodada en exceso, cada vez más sofisticada, que dice unas cosas en las aulas para desmentirlo inmediatamente fuera de ellas. Apuesta así por volver a ligar lo crítico a la crisis de lo que sucede en nuestras ciudades; a una situación política real de urgencia (Dumm, 2000: 146; Benjamin, 2002: 64; Ball, 2002: 943), de cambio decisivo, de cuestionamiento de un modo de comprender y hacer política que amenaza la propia posibilidad de vida en el planeta. Para Wolin, estamos ante una crisis de estas características; y la dimensión, ahora sí, la percibe ya como global (Wolin, 1997): Globalized capitalism is radically incongruent with democracy (2000: 20).

La tarea significativa, interrogativa y problematizadora de la teoría política no debe quedarse para nuestro autor en los muros de prestigiosas universidades, cuyas formas de organización, finalmente, son reflejo de algunos de los aspectos a superar de nuestro tiempo. Así se lamenta Wolin de:

The complete bureaucratization of one element of modern power, scientific research. Now, with the role of the state accepted as necessary to the promotion of science, three tiers of organization enveloped the pursuit of truth: method, research conceived as a division of labor requiring administration coordination, and overall state control and direction (2002: 26).

Más allá de la propia academia, la teoría política debe ser capaz de influir en ese mundo real del que se pretende dar cuenta (Wiley, 2006: 212). No es algo nuevo; ya para los clásicos griegos “theory was a response to problems, not so much problems of an intellectual kind as ones arising from perceived derangements in the world” (Wolin, 1968: 320). Para Wolin, una de las funciones originarias de la teoría política consistía en “alterar” el mundo (ibid.: 322); hoy apuesta por invocarla para que acuda directamente en ayuda de la democracia (2000: 21). Para el norteamericano, es hora de abandonar la “theoric theory” para retornar a la “political theory” (ibid.: 14-15).

Esto último parece contradecir sus propias críticas a ese conocimiento moderno que desde la Teoría se cree en condiciones de modelar y cambiar el mundo. ¿Ha caído Wolin, fruto de una violenta desesperación *à la Sorel*, en aquella confusión que

tanto ha criticado siempre, aquella equivalencia entre conocimiento y poder (Kateb, 2001: 56; Roiz, 2003: 296; Wolin, 1960, 2001: 241)?

No parece ser así. Con la mención a la *krisis* ateniense, Wolin nos indica que se está ante una crisis de hondo calado, frente a algo “serio”. Y ésta parece ser de nuevo la percepción actual, a pesar de que el ordenamiento político no parezca que se nos vaya a caer encima. La inseparable *distopía* que acompaña al sistema actual se hace cada vez más oscura. Es ésta una percepción que, al menos en medios académicos, se viene arrastrando desde la expansión de la llamada globalización económica y financiera en los noventa, y que se ha acentuado tras el 11 de septiembre de 2001, la guerra de Irak, lo que parece ser una nueva época de proliferación nuclear o la crisis del calentamiento global. Además, retornamos a un tiempo de Estados orgullosos de repatriar y confinar inmigrantes, de gobiernos sin complejos a la hora de erigir alambradas en sus fronteras. Las desigualdades de todo tipo avanzan sin grandes dificultades:

It would not be difficult to show that social, economic, political, and cultural inequalities—all those dystopian phenomena—are running deep and wide in our society (Wolin, 2000: 19).

Tras exponer un panorama tan desolador, debemos recordar que resulta habitual que casi en cada época se tenga esta sensación abisal de crisis. Para cada generación su momento es el crucial, los peligros toman carácter de catástrofe y ellos están al final de la historia tratando de vencerlos de una vez por todas. Se trata, una vez más, del modo épico de afrontar el peligro y la oportunidad. Desde aquí, queremos aclarar, no pretendemos una narrativa de tales resonancias apocalípticas, y a nuestro entender tampoco lo hace Wolin (2002: 18; 1960, 2001: 260). No es ésta la primera crisis que se encara en siglos; precisamente la comprensión de la crisis política y disciplinar que se dio tras la II Guerra Mundial nos puede dar cierta distancia frente a la excepcionalidad de la actual (Bleiker, 2004: 125). Pero, con todas estas precauciones, sí queremos resaltar diversos elementos con los que defender el carácter peculiar, también urgente, de la crisis del presente.

Frente a la percepción académica, o incluso “occidental”, de la crisis como algo ligado a grandes acontecimientos puntuales, la *krisis* de Wolin permite que nos percatemos de que:

Desde cierto punto de vista para mucha gente y en muchas sociedades no occidentales (no desarrolladas, no modernas, etc.) La crisis o no existe o existe desde hace mucho tiempo, forma parte de su paisaje (Gimeno y Martín, 2006: 226-227).

Reconociendo esto, o precisamente debido a la perpetuación de estos paisajes desoladores de crisis en vastas regiones a lo largo y ancho del globo, para Boaventura de Sousa Santos sí gozamos de elementos para proclamar que nos encontramos ante una situación excepcional, y la teoría política sí que puede decir, o al menos preguntar, algo al respecto. Para muchos, existe un desasosiego que emerge de la profunda desorientación que nos producen los mapas cognitivos modernos; se trata de una crisis epistemológica que a la vez resulta social y política (De Sousa Santos, 2003: 43-44), pues como venimos insistiendo, resultan evidentes los desastres

económicos, políticos, ecológicos y sociales a los que su tónica de descubrimiento, asalto a la naturaleza, expansión económica y producción de poder político y militar nos ha venido abocando (Roiz, 1992: 137). No podemos seguir obviando las relaciones entre ambos campos, entre teoría y política.

Desde los comienzos de su obra, Sheldon Wolin ha venido preocupándose por las relaciones entre lo político y el modo en que se le comprende desde la teoría. Para el norteamericano estamos en un tiempo en el que la crisis de lo político alcanza a las llamadas ciencias sociales y las humanidades, también por tanto a la teoría política, hasta el corazón de su propia comprensión:

The crisis of democracy is also the crisis for the intellectual, especially for the academic intellectual in most of the social sciences and humanities (Wolin, 2000: 20).

Cuando, como hemos visto más arriba, Wolin propone que la teoría política ayude a la democracia, pues la primera es capaz de alterar el mundo, no nos encontramos ante una postura pretenciosa, ambiciosa o moderna acerca de las posibilidades prometeicas de la teoría. Cuando en su momento Wolin estudió lo que denominó “tradición épica de la teoría política”, tan orgullosa de sus “grandes hechos” a base de “grandes palabras” (2005, 46-47, 53), encontró como las pretensiones épicas chocaban con impedimentos de primer orden:

Aunque los teóricos han reconocido desde hace mucho que, para hacer que una teoría funcione en el mundo real, se necesita más que un bonito esquema institucional o, incluso, más que la buena voluntad de un gobernante o de una clase dirigente, lo que aún no ha sido afrontado como es debido es la dificultad planteada por el hecho de que los acuerdos políticos existentes que el teórico propone reemplazar, forman una unidad con un cuerpo ya dado de creencias populares, actitudes, valores y expectativas...El intento de reemplazar un cuerpo de creencias políticas populares por otro encuentra inevitablemente dificultades de una magnitud fuera de lo común (ibid.: 131).

Wolin criticará así la omnipotencia de los teóricos de la tradición épica, sus ansias de inmortalidad y, sobre todo, su ignorancia de que la política existe entre la gente, que es donde se fraguan los cambios, y no entre los papeles y discusiones de los teóricos. Si el teórico empírico busca “hacer que la teoría se corresponda con el mundo”; el filósofo, “hacer de la teoría una dilucidación de los significados extraídos de las palabras que tratan del mundo”; y el teórico épico persigue “un hecho-pensamiento inspirado por la esperanza de que algún día la acción se unirá a la teoría y permitirá hacer una gran afirmación teórica en el mundo” (ibid.: 54; 1968: 321); por último la teoría política debe hacerse cargo con responsabilidad, humildad y respeto a la pluralidad de la contingencia que afecta a lo político:

For the political theorist, the world itself changes...Thus, political theory exhibits a twofold complexity: theoretical perspectives change in response to a changing political world and theoretical perspectives can differ even when viewing the same world (1968: 323).

El teórico político no trata por tanto de descubrir nuevos hechos, ni de abstraerse de la realidad en juegos de significado banales, ni tampoco afirmarse inmortal ante el mundo, sino que busca proponer nuevos conceptos e interpretaciones, nuevos sentidos y significados al calor de los cambios de lo político, consciente de que su mirada no es más que una entre tantas, sometida a juicio y discusión pública, enmarcada en una tradición de significado plural. Wolin es consciente de que unas teorías suceden a otras, por lo que sabe que el deseo épico de inmortalidad resulta habitualmente vano. Tampoco pretende que sus escritos sirvan de *modelo* a los vaivenes del mundo político; así, no dudará en atacar a aquellos autores que en su momento intentaron que la realidad reflejara fielmente sus pensamientos (ibid.: 327). Es por ello que nuestro autor, ante la sorpresa y el reproche de algunos, no presente alternativas sobre el papel al capitalismo, o una teoría de la justicia bien edificada (Kateb, 2001: 42, 45; Wiley, 2006: 220; Ryan, 2002). Más que épica, la teoría política que Wolin reclama es una que se comprometa cívicamente con lo político, su ámbito de estudio, y con lo que sucede en su tiempo:

Political theory might be defined in general terms as a tradition of discourse concerned about the present being and well-being of collectivities. It is primarily a civic and secondarily an academic activity. In my understanding this means that political theory is a critical engagement with collective existence and with the political experiences of power to which it gives rise (Wolin, 1989: 1).

En contra de lo que afirma Emily Hauptmann, Wolin no recupera el modelo clásico al completo, con toda su épica (Hauptmann, 2004: 53). Otra cosa es que reclame algunas de sus señas de identidad, algunas de las enseñanzas de su valioso legado. El norteamericano no comulga así de ninguna manera con la ruptura baconiana con el pasado. Por el contrario, nuestro autor recupera la preocupación clásica por la cosa pública, así como una idea de teoría ligada a las crisis que suceden “in the world” (Wolin, 1969: 1080), no en las discusiones técnicas y elitistas de la academia.

También reclama Wolin el acento que la teoría clásica situaba en la acción política (1960, 2001: 88-91). Esto no significa defender un modelo agonal griego centrado en actores heroicos (Wolin, 1977: 96-99), ni tampoco admitir que el conocimiento (de la teoría) resulta equiparable al poder (de las acciones que *se deben* realizar), como ya hemos insistido. Wolin enfrenta esta preocupación clásica por la acción, imprevisible, libre, creativa y espontánea, a la obsesión por el orden político y la rutina uniformizadora, un rasgo muy moderno que era visto con enorme recelo en otros tiempos (1996: 39; 1968: 325; 1981, *passim*). En realidad, explica Wolin, el orden se percibía antiguamente como peligroso, pues al mantener a unos arriba y a otros abajo atizaba las impacencias y los conflictos entre los ciudadanos; además, constreñía la libertad de lo político (1968: 328, 320).

La preocupación moderna por el orden alcanzó su apogeo en el siglo diecinueve, una centuria que resultó “casi unánime en su rechazo de la actividad política” (1960, 2001: 386). Se descubrieron leyes que regían los fenómenos sociales y cuyas trasgresiones podrían ocasionar terribles *desórdenes* (ibid.: 390, 414). Esta visión no

ha sido del todo superada; así hoy día el orden se presenta como la condición *sine qua non* de una política sometida a los principios del mercado económico capitalista: “the guardian of that [economic] order is not democracy but the state” (1993b: 477). Ésta del orden es una cuestión, por tanto, que de lo político se trasladó a la teoría y a la ciencia social en general (1960, 2001: 384, 390). Y también se ha dado el camino inverso, y ahí tenemos que desde René Descartes a Max Weber y los conductistas, llegando hasta Rawls, la búsqueda de orden en lo político se ha situado en la base de las teorías contemporáneas (1969: 1068; 1981: 420; 1960, 2001: 261). El orden —y su estrecha conexión con la idea de utopía—, en definitiva, como piedra de toque en ambos aspectos de la crisis: el político y el disciplinar.

Por otra parte, Wolin insiste en que al teórico político —pero también al teórico empírico, y a quien él llama “teórico teórico” o filósofo— le mueven motivaciones políticas y morales, en estrecho e inevitable contacto con lo que ha decidido estudiar, y con cómo lo estudia y expone. No se trata tan sólo del viejo debate entre hechos y valores:

Changes in the political world, giv[e] rise to problems that seem to be insoluble by means of accepted theories. Moral and political motives, not purely intellectual ones, have been the primary inspiration for new theories (1968: 325).

Tras este reconocimiento a lo que la teoría del género ha popularizado como *conocimientos situados*, y que Wolin adoptó ya desde el inicio de su obra a finales de los cincuenta (Wolin, 1960, 2001: 27; Haraway, 1991: 187; Rich, 2001: 212), nuestro autor reconoce sus propias motivaciones: le mueve la democracia, su cultivo y el evitar que sea derrotada, que desaparezca.

Wolin recupera la idea de que, tal y como se conciba lo político, se hará una u otra teoría política. La lógica *teórica* del descubrimiento parte de una “eterna” mentalidad modernizadora; en este caso, su contraparte *política* sería la expansión capitalista e imperial, así como la organización del megaestado (Wolin, 1989: 64). Su idea de lo político, por el contrario, es profundamente democrática, por lo que no debe extrañarnos que apueste por una teoría política, a su vez, evidentemente democrática. ¿Pero cómo se hace esto?

Wolin propone una teoría política sugerente, plural, capaz de aceptar sus contradicciones y las del mundo (1969: 1070). No es éste el espacio para desgranar los detalles de la obra de Wolin (Alonso Rocafort, 2008: cap. 4), pero sí para mencionar que en su obra aparece una teoría dispuesta a proponer significados ligados a lo que se percibe en la realidad; se sitúa así en las antípodas de cualquier propuesta teórica que parta hacia el descubrimiento de la verdad o trate de establecer lo que debe hacerse. Es una teoría política democrática; pero no es normativa, sino científica. Eso sí, basada en una ciencia de raíces clásicas y humanistas, muy distinta de la comprendida por el *metodismo* moderno:

The view of science as an imaginative undertaking, with its full share of speculation, playfulness, proclivity to error, and its ability to imagine worlds as yet undreamed of —an ability which would maintain the critical, projective quality that

has enabled past theories to speak meaningfully to the quandaries of political existence (Wolin, 1968: 329; 1969: 1073).

Por último, debemos recalcar que, al contrario que aquella otra crisis que sacudió los cimientos de la teoría política en los años cincuenta y que enfrentaba una visión muy concreta de la ciencia moderna frente a la *obsoleta* filosofía de lo público, ahora parece que nuestra crisis de lo político no viene acompañada por amenazas hacia la supervivencia de la teoría política. Como es sabido, el modelo de la ciencia política moderna no se logró imponer a nuestra disciplina. Como escribía no sin cierta ironía Sheldon Wolin ya a finales de los noventa:

The proliferation of theory has been accompanied by the decline of science as a theoretical model for the social sciences (excepting the significant exceptions of economics and possibly political science and certainly Habermas) and for the humanities. It is not simply that science has ceased to be exemplary or even that it no longer serves as the negative exemplar (as in Horkheimer) but that much of the supporting culture of science —the centrality of empiricism, the norm of objectivity and the anti-norm of bias, and verification principles— all of this commands very little loyalty outside the fields previously noted (1997).

Las que en otros tiempos se veían como enemigas irreconciliables, en este caso la ciencia y la teoría políticas, hoy hasta colaboran estrechamente en algunos campos, aunque bien es cierto que ésta suele ser la excepción (Lane, 2003: 342). En palabras de nuestro autor, de quien debemos tener en cuenta que escribe desde la academia norteamericana: “yesterday’s animosities...are today’s indifferences” (Wolin: 2000: 11). Robert E. Goodin y Hans-Dieter Klingemann, o el propio Miquel Caminal desde nuestro país, reconocen una “maduración” que hace posible escucharse y comprenderse entre los distintos campos de la ciencia política (Goodin y Klingeman, 2001: 22, 32-38; Caminal, 2006: 24). Lo que nadie pone hoy en duda es que la teoría política cuenta en la actualidad con una gran solidez y a nadie se le ocurre proclamar su muerte como entonces (Easton, 1951: *passim*; Berlin, 1961, 1983: 237; Gunnell, 1979: 9; Farr, 2003: 338).

En definitiva, Sheldon Wolin enfatiza que las urgencias de la *krisis* actual requieren un *turning point*, tanto en el ámbito teórico como en el político, que nos permita salir de la misma; no a la manera de un manual, una utopía o una ideología, tampoco haciendo *tabula rasa* de todo y escribiendo en caracteres de realidad lo que nos venga en gana, sino, como hemos visto, de un modo sugerente y abierto, donde se reclame una y otra vez que lo político surge de una ciudadanía que ha de recuperar su auténtica capacidad democrática para decidir, realmente, si finalmente éste es el orden que le conviene.

Lo que no puede permitirse una teoría política que se diga precisamente *democrática*, y ahí estamos de acuerdo con Wolin —paradójicamente, a la manera de su no muy apreciado colega Leo Strauss (Strauss, 1962, 1995: 216, 223)—, es mirar hacia otro lado *while Rome burns*.

## BIBLIOGRAFÍA



- ALONSO ROCAFORT, V., (2008), Una ciudadanía retórica y democrática. Salidas a la crisis de la teoría política, Tesis doctoral, Departamento de Ciencia Política y de la Administración II, Facultad de Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid, marzo de 2008.
- BALL, T., (2002), “Reseña sobre: Botwinick y Connolly (eds.), Democracy and Vision”: Journal of Politics, vol. 64, nº 3.
- BENJAMIN, W., (2002), Dirección única, Alfaguara, Madrid.
- BERLIN, I., (1961, 1983), “¿Existe aún la teoría política?”, en: Conceptos y categorías. Un ensayo filosófico, Fondo de Cultura Económica, México.
- BLEIKER, R.,(2004), “Globalizing political theory”, en: Stephen K. White y J. Donald Moon (eds.), What is Political Theory?, SAGE, Londres, California y Nueva Delhi.
- CAMINAL, M., (2006), “La política y la ciencia política”, en: Manual de Ciencia Política, Tecnos, Madrid, 2006.
- DE SOUSA SANTOS, B., (2003), Crítica de la razón indolente, Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao.
- DUMM, THOMAS L., (2000), “Political Theory for Losers”, en: Jason A. Frank y John Tamborino (eds.), Vocations of Political Theory, Minnesota University Press, Minneapolis.
- EASTON, D., (1951), “The Decline of Modern Political Theory”, The Journal of Politics, vol. 13, nº 1 (Feb. 1951).
- FARR, J.,(2003), “The New Science of Politics”, en: Terence Ball y Richard Bellamy (eds.), The Cambridge History of Twentieth-Century Political Thought, Cambridge University Press, Cambridge.
- GIMENO, J C y MARTÍN, M V., (2006), “Reseña sobre Boaventura de Sousa Santos: El milenio huérfano”: Foro Interno, nº 6 (diciembre de 2006).
- GOODIN, R y HANS-DIETER K., (2001), “Ciencia política: la disciplina”, en: Nuevo Manual de Ciencia Política, Istmo, Madrid.
- GRANT, R W. (2004), “Political Theory and Political Science”, en: White y Donald Moon (eds.), What is Political Theory?.
- GUNNELL, J G. (1979), Political Theory: Tradition and Interpretation, Winthrop Publ., Cambridge, Mss.
- HARAWAY, D., (1991), Ciencia, cyborgs y mujeres, Cátedra, Madrid.
- HAUPTMANN, E., (2004), “A Local History of the Political”: Political Theory, vol. 32, nº 1 (Febr. 2004).
- KATEB, G., (2001), “Wolin as a Critic of Democracy”, en Aryeh Botwinick y William E. Connolly (eds.), Democracy and Vision. Sheldon S. Wolin and the Vicissitudes of the Political, Princeton University Press, Princeton.
- LANE, M., (2003), “Positivism: reactions and developments”, en: Terence Ball y Richard Bellamy (eds.), The Cambridge History of Twentieth-Century Political Thought, Cambridge University Press, Cambridge.
- RICH, A., (2001) “Apuntes para una política de la posición” (1984) en: Sangre, pan y poesía, Icaria, Barcelona.
- ROIZ, J., (1992), El experimento moderno, Trotta, Madrid.
- ROIZ, J., (2003), La recuperación del buen juicio, Foro Interno, Madrid.
- RYAN, A., (2002), “Visions of Politics. Review”: The New York Review of Books, vol. 49, nº 11 (June 27, 2002). Obtenido en: [http://www.nybooks.com/articles/article-preview?Article\\_id=15551](http://www.nybooks.com/articles/article-preview?Article_id=15551) (20/7/2007).

- SPIVAK, G Chakravorty, (1999), “Los estudios subalternos: la deconstrucción de la historiografía”, en Neus Carbonell y Meri Torras (comps.), *Feminismos literarios*, Arco/Libros, Madrid.
- STRAUSS, L., (1962, 1995), “An Epilogue”, en: Leo Strauss, *Liberalism Ancient and Modern*, The University of Chicago Press, Chicago.
- WILEY, J., “Sheldon Wolin on Theory and the Political”: *Polity*, vol. 38, n° 2 (April 2006).
- WOLIN, S S., (1960, 2001), *Política y perspectiva*, Amorrortu Editores, Buenos Aires. La nueva edición extendida: *Politics and Vision. Expanded Edition*, Princeton University Press, Princeton, 2004.
- WOLIN, S S., (1968), “Political Theory: Trends and Goals”, en: David L. Sills (ed.), *International Encyclopedia of the Social Sciences*, The Macmillan Comp. And The Free Press, vol. 12.
- WOLIN, S S., (1969), “Political Theory as a Vocation”: *The American Political Science Review*, vol. 63, n° 4.
- WOLIN, S S., (1970), *Hobbes y la tradición épica de la teoría política*, trad. De Javier Roiz y Víctor Alonso, Foro Interno, Madrid, 2005.
- WOLIN, S S., (1977), “Hannah Arendt and the Ordinance of Time”: *Social Research*, vol. 44, n°1.
- WOLIN, S S., (1981), “Max Weber: Legitimation, Method, and the Politics of Theory”: *Political Theory*, vol. 9, n° 3.
- WOLIN, S S., (1989), *The Presence of the Past*, The Johns Hopkins University Press.
- WOLIN, S S., (1990), “Democracy in the Discourse of Postmodernism”: *Social Research*, vol. 57, n° 1.
- WOLIN, S S., (1993a), “Reason in Exile: Critical Theory and Technological Society”, en: Arthur M. Melzer, Jerry Weinberger y M. Richard Zinman (eds.), *Technology in the Western Political Tradition*, Cornell University Press, Ithaca and London.
- WOLIN, S S., (1993b), “Democracy: Electoral and Athenian”: *Political Science and Politics*, vol. 26, n° 3.
- WOLIN, S S., (1996), “Fugitive Democracy”, en: Seyla Benhabib (ed.), *Democracy and Difference*, Princeton University Press.
- WOLIN, S S., (1997), “What Time is it?”: *Theory and Event* (vol. 1.1): [http://muse.jhu.edu/cgiin/access.cgi?Uri=/journals/theory\\_and\\_event/v001/1.1wolin.html](http://muse.jhu.edu/cgiin/access.cgi?Uri=/journals/theory_and_event/v001/1.1wolin.html) (10/8/2007).
- WOLIN, S S., (2000), “Political Theory: from Vocation to Invocation”, en: Jason A. Frank y John Tamborino (eds.), *Vocations of Political Theory*, Minnesota University Press, Minneapolis.
- WOLIN, S S., (2002), *Tocqueville. Between Two Worlds*, Princeton University Press.
- WOLIN, S S., (2008), *Democracy Inc. Managed Democracy and the Specter of Inverted Totalitarianism*, Princeton University Press, Princeton, NJ.